ASPECTOS MORALES Y POLITICOS DE LA GUERRA FRIA

POR EL

TENIENTE CORONEL F. O. MIKSCHE

1

No puede haber duda de que el malestar que en los años recientes se apoderó de Europa y, en un sentido más amplio, de todo el mundo tuvo su origen en las falsas bases sobre las que se establecieron los Tratados de Paz de 1919-20. Nuestra generación es la que está recogiendo la cosecha de la semilla entonces sembrada. *El Occidente ha ganado dos guerras, y en ambos casos ha perdido la paz.* Había razones para ello. La primera de todas, que las posiciones de la lucha en ambas contiendas eran demasiado totalitarias, especialmente en el campo político, siendo su objeto forzar al vencedor a aceptar una paz que amenazaba su misma existencia. Otra razón fué que, para lograr ventajas en los campos de batalla, se fomentaron movimientos revolucionarios tras las líneas enemigas. La experiencia ha demostrado, sin embargo, que esto no resultó decisivo en ninguna de las dos guerras, y de hecho, al correr el tiempo, tuvo más inconvenientes que ventajas. El promover una guerra encubierta necesitaba, por supuesto, el reconocer y mantener a ciertos políticos exilados revolucionarios, y muy a menudo había que darles garantías por adelantado, sin conocimiento previo de cómo se desarrollaría realmente la situación. Al cesar las hostilidades se encontró con que era necesario cumplir las promesas que habían sido dadas tan ligeramente durante el calor de las batallas a estos pequeños caciques.

2

Es un hecho bien conocido que los políticos exilados tuvieron una influencia decisiva en la redacción de los Tratados de 1919-20, especialmente en lo que se refiere a la Europa Centro-Este. La experiencia ha probado, sin embargo, que los promotores de la paz no tuvieron la suficiente visión del porvenir y fueron solamente

informados por una de las partes. Además, los políticos nacionalistas de la cuenca del Danubio no estaban aún maduros para interpretar el papel que se les había asignado. El resultado fué que una de las áreas más vitales de Europa se convirtió en un campo de rivalidades imperialistas por sus naciones pequeñas, cada una tratando de aumentar su poder a expensas de las demás. La codicia exagerada de engrandecimiento territorial se vió aún agravada por el egoísmo económico. El nacionalismo, que fué fomentado entre los pueblos de la cuenca del Danubio por los Aliados durante la primera guerra mundial, y más tarde por las barreras arancelarias levantadas entre las partes diseminadas del Imperio austrohúngaro, contribuyó más que ninguna otra cosa al advenimiento de Hitler al Poder. En las nuevas circunstancias, ninguno de los Estados recientemente formados podía mantener su independencia. La propia Naturaleza ha dispuesto que los pueblos de la cuenca del Danubio estén destinados a vivir juntos o a morir separados. Aquellas y otras circunstancias condujeron, finalmente, a las tensiones de 1919, las cuales terminaron en una nueva conflagración mundial. La política, que abusó de las palabras "Libertad y Democracia", costó millones de vidas humanas, y para muchos más significó la completa ruina material. Pasando por la ocupación de Hitler, terminó, finalmente, en la esclavitud por Rusia.

En el curso de la segunda guerra mundial, los políticos exilados en Occidente han tenido también un papel mucho más importante del necesario o aconsejable. Y así tuvieron no poca influencia respecto al Tratado de Potsdam. Comparten la responsabilidad de que catorce millones de alemanes, es decir, el equivalente a la población total de un área tan grande como Bélgica, Holanda y Dinamarca juntas, fuesen desterrados. Leyendo el texto, tan cuidadosamente redactado (art. 13), del Protocolo de Potsdam, uno podría imaginarse que se trata del caso de alemanes que se habían establecido allí durante el régimen de Hitler. En realidad, estas gentes habían vivido en la Prusia Oriental, detrás del Oder-Neisse, en el país de los sudetes o Transilvania, el doble del tiempo que los americanos han vivido en el Nuevo Mundo. Las circunstancias bajo las cuales fué firmado este documento por el Presidente Truman son todavía un misterio. El hecho de que los Gobiernos occidentales aprobaran la expulsión de millones de personas, es difícil de entender; pero su consentimiento fué logrado por los métodos fraudulentos de los políticos exilados. En 1942, el doctor Benes, que creía que los sudetes alemanes eran principalmente responsables de sus desgracias, pidió al Ministerio de Asuntos Ex-

teriores británico que aprobara su plan de expulsión de los ALEMANES NAZIS de Checoslovaquia después de la guerra, el cual, naturalmente, no tuvo razones para oponerse. Después acudió al embajador de Rusia, señor Bogomolov, el cual estaba acreditado cerca de los Gobiernos exilados en Londres, y por su mediación pidió el consentimiento de Moscú para su plan de expulsión de los sudetes alemanes, informándole al mismo tiempo de que ya había sido obtenida la aprobación británica. La situación militar de los rusos era todavía catastrófica en aquel tiempo, y Moscú esperaba que una paz separada con Alemania sería posible, de modo que la proposición checa fué rechazada. En junio de 1943, Benès fué a Wáshington, donde dijo al Presidente Roosevelt que ambos, los ingleses y los rusos, aprobaban su plan, y estaba seguro de que no habría oposición americana, en vista del consentimiento de los otros Aliados. Después volvió a Londres, e informó a Bogomolov de que los dos Gobiernos, inglés y americano, habían dado su consentimiento, y que sólo Moscú estaba en oposición. Al ser informado de que Londres y Wáshington estaban preparados a aceptar la responsabilidad de la expulsión de 3.300.000 sudetes alemanes de su patria histórica, Moscú también dió su aprobación, y el plan fué, finalmente, sancionado por el Acuerdo de Potsdam.

Para formar Estados como Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia y Rumania, porciones puramente alemanas, húngaras, ucranianas y otros territorios de otras nacionalidades les fueron añadidos en 1919-20, por lo que se crearon minorías nacionales de veinte millones de personas en Estados donde minoría significa ciudadanía con menos derechos. Veinticinco años más tarde, en 1945, como se dijo anteriormente, el problema de estas gentes fué solucionado simplemente con arrojarlos de sus hogares, después de robarles todas sus posesiones. Según el Protocolo de Potsdam, la transferencia debería haberse efectuado de una forma humana. El hecho es, sin embargo, que solamente en Checoslovaquia 304.000 sudetes alemanes y cerca de 45.000 húngaros, entre los que se encontraban mujeres, niños y ancianos, perdieron la vida en los campos de concentración establecidos por el Gobierno de Benès, en "marchas de hambre" y en matanzas. Y todo esto ocurría en 1945-47, cuando el popular Jan Masaryk, entonces ministro de Negocios Extranjeros de Checoslovaquia, aseguraba solemnemente a todos sus amigos de América, Inglaterra y Francia que su país era más democrático que lo había sido nunca. Atrocidades parecidas tuvieron lugar en 1945-47 en Polonia, Rumania y Yugoslavia. Sus propósitos eran, igualmente, extinguir o expulsar por esos medios a las minorías

incorporadas contra su voluntad en 1919-20. Según las estadísticas oficiales, el número de alemanes asesinados, desaparecidos o deportados parcialmente por los rusos, pero en gran parte también por los checos, polacos, rumanos y yugoslavos, es de 3.785.000. No hay estadísticas aprovechables del número de húngaros víctimas de estas atrocidades.

A propósito de esto conviene mencionar que, durante la última guerra, también los alemanes cometieron muchos crímenes. Sin embargo, dos males no forman un bien, y mientras el mundo entero derramaba lágrimas por la horrible tragedia del bosque de Katyn, la prensa occidental, discretamente, no hacía mención de estas atrocidades, todavía mayores. No sólo eso. También muchos hombres de Estado, que directa o indirectamente eran responsables de estas acciones, y después, a su vez, han sido arrojados por los comunistas, están ahora en Occidente haciendo otra vez el papel de caudillos preseleccionados de una nueva Europa Centro-Este.

La expulsión de los sudetes alemanes fué ejecutada bajo la vigencia de tres decretos presidenciales, publicados en junio de 1945. El primero declaraba retirarles su derecho de ciudadanía; otro les privaba de todas sus posesiones, es decir, de casas, muebles, tierras, ganado, herramientas, talleres, etc., con excepción de equipaje de mano. El tercer decreto sancionó el arresto en masa de hombres, mujeres, niños y ancianos y su internamiento en 51 campos de concentración, así como su declaración de culpables por los llamados Tribunales Populares. De los ministros checos que firmaron estos decretos, cuatro se encuentran actualmente en América: el doctor Ripka, el general Hasal, el doctor Procháska y Majer, y están sostenidos por el Comité Nacional para una Europa Libre. Como miembros del semioficialmente reconocido Consejo Nacional checoslovaco, tienen una influencia decisiva en la propaganda de la Radio de Europa Libre. Otro ministro que firmó dichos decretos, el doctor Stransky, se halla en Londres como representante del Consejo Nacional checoslovaco. El general Ferjencik, que fué el responsable del arresto de 100.000 eslovacos y de la expulsión de 120.000 húngaros, así como del asesinato de otros 45.000 húngaros, está también desde hace tiempo en los Estados Unidos. De los hombres de Estado polacos, húngaros y otros que fueron probablemente en el mismo grado culpables, el autor no tiene información fidedigna.

¿Es, sin embargo, posible que haya dos clases de justicia: una que condena a los criminales de guerra alemanes, mientras que

otra sostiene, bajo el pretexto de verdadera democracia, a gentes que tienen sobre su conciencia crímenes no menos grandes? Lo mismo que hubiera sido imposible construir un mundo mejor en colaboración con los verdugos de masas de Hitler, también es imposible cooperar con estos políticos exilados no solamente por motivos morales, sino, como se explicará más tarde, por razones prácticas políticas, hecho que es aún más importante.

3

Es un hecho indiscutible que sin la participación de Alemania no puede haber una conveniente defensa de Europa. Pero ¿es la política de Occidente consecuente a este respecto? Con el pretexto de una Federación polacocheca, los políticos exilados están trabajando ahora febrilmente en la creación de un frente común contra Alemania, para lo cual adoptan cualquier medio que les asegure la protección de los Gobiernos occidentales. Llevaría demasiado espacio enumerar todos los factores históricos, económicos y geopolíticos, que prueban qué anacronismo sería tal combinación. Esto, no obstante, no les preocupa a los políticos exilados. Lo que quieren es conservar en el futuro aquellas ventajas que fueron adquiridas, a menudo bajo falsos pretextos, durante las dos guerras; en otras palabras, perpetuar el *statu quo* de Versalles, raíz del disgusto presente. Los polacos buscan el apoyo de los checos para asegurar la frontera del Oder-Neisse, mientras que los políticos checos en exilio, a su vez, cuentan con la asistencia polaca, que les permita oponerse a las crecientes demandas de los sudetes alemanes de volver a su patria.

El destierro de poblaciones completas no es un fenómeno nuevo en la historia humana. Sin embargo, nunca anteriormente semejantes masas de seres humanos fueron privadas de los derechos a su patria como en nuestros tiempos. En comparación con el problema de los alemanes expulsados, los 800.000 árabes arrojados de Israel son una bagatela. Sólo Dios sabe cómo puede ser resuelta esta cuestión, sin duda una de las más graves de la Europa de la posguerra. Como antes se dijo, hay hoy en Alemania Occidental 9.300.000 refugiados, y en Alemania entera, 14.000.000. Ya anormalmente superpoblado como estaba antes de la guerra, el país no puede absorber esta afluencia súbita, ni siquiera en dos generaciones. Otro factor es que las provincias agrícolas de Alemania, que anteriormente suplían los dos quintos de sus suministros de víve-

res y alimentaban a cerca de 7.000.000 de trabajadores industriales, se encuentran ahora detrás de la línea Oder-Neisse. Esto conduce a la República de Bonn a establecer una vigorosa política de exportación, porque para obtener artículos de alimentación del extranjero necesita primero vender sus productos industriales. Pero ¿no conducirá esto otra vez a Alemania a una fiera competencia con Occidente? ¿Y no es Occidente—América en forma de distintos préstamos y ayudas e Inglaterra al encontrarse con una presión alemana más fuerte en el mercado mundial—quien al final tiene que pagar el precio de las irreflexivas concesiones hechas en Potsdam a los políticos exilados?

Los catorce millones de alemanes desarraigados son testigos, con creciente indignación, de las actividades de los políticos exilados en Occidente, de las del Comité Nacional para una Europa Libre y las estaciones de Radio Europa Libre.

Por medio de sus oradores y en sus reuniones en masa, a través de sus representantes en el Parlamento de la Alemania Occidental y en innumerables resoluciones y discursos del Gobierno Federal y a los distintos Gobiernos regionales, y a través de su prensa, todos estos expulsados, lógicamente, siempre plantean la misma pregunta: ¿Por qué cosa se nos va a pedir un día que luchemos? ¿Por el mantenimiento de lo que son injusticias patentes? ¿Por los políticos exilados checos o polacos que nos expulsaron y asesinaron a cientos de miles de nosotros? ¿Para colocarlos otra vez en el Poder? ¿Estamos esperando luchar un día por la restauración del Orden de Versalles?

Estas reacciones, que no tienen nada de un nuevo imperialismo o de un nuevo irredentismo, están engendrando gradualmente una situación peligrosa. Las injusticias, especialmente si se persiste en ellas y no se muestra ninguna voluntad de rectificarlas, fácilmente impulsan los sentimientos humanos hacia una política extremista. Algún día, los expulsados pueden desempeñar el mismo papel que los millones de sin trabajo en la lucha de Hitler por el Poder. Tal evolución sería sólo una reacción humana natural. Pero ¿sacará Occidente las conclusiones necesarias? ¿Comprenderá, por lo menos, que la actual política occidental los pone en contra incluso de los elementos moderados de la población alemana? La opinión pública no es nunca constante; de hecho, es inestable en todas partes. Históricamente hablando, no habría nada nuevo en semejante evolución. ¿No fué una política similar la que, en los años 1925-32, desacreditó a Stresemann y a Brüning y allanó el camino a Hitler?

La conclusión lógica que se saca de lo anterior es que el Occidente debe finalmente decidir lo que realmente quiere. Por un lado está la necesaria cooperación con Alemania, y, por el otro lado, el Orden de Versalles, personificado actualmente en algunos políticos ambiciosos exilados en América o en otros países occidentales. Una política occidental orientada en dos direcciones —cooperación con la Alemania demócrata y, al mismo tiempo, con los políticos exilados protegidos actualmente—es difícilmente compatible en largo plazo. Si se espera realmente que Alemania coopere con Occidente, los daños que han sido infligidos a este pueblo no deben mantenerse.

En conclusión: Si Occidente persevera en su actual política de guerra fría respecto a la Europa Centro-Este, habrá que contar con lo siguiente:

a) Que esta política no puede ser compatible con una verdadera cooperación con Alemania, país que, con todas las probabilidades, llevará un día el peso de la lucha en Europa contra el comunismo.

b) Que todas las pasadas experiencias tienden a demostrar que la actual política del Occidente está en contradicción directa con las características naturales de este país y, lógicamente, sólo conduce a la formación del mismo orden, que ya se derrumbó dos veces.

c) Que, más pronto o más tarde, Occidente se verá envuelto en una serie de calamidades, como en el caso de entre las dos guerras.

Es mucho más importante el hecho de que resulta un error fundamental el adquirir ahora obligaciones morales o de otra clase con los políticos exilados o con organizaciones, tanto en el Occidente como en los países tras el "telón de acero", sin conocer cuál será el curso de los acontecimientos futuros.

4

Antes de llevar adelante nuestras observaciones echemos una ojeada, lo primero de todo, a la situación general de Europa y, en un sentido más amplio, al mundo occidental. En su forma tradicional (lo que equivale a decir antes de 1918), Europa consistía en tres grandes regiones geopolíticas: Europa Oriental, Central y Occidental. El papel histórico de la Europa Central—Alemania y

el Imperio danubiano—era proteger a la Europa Occidental de ser invadida por la Oriental. De hecho, la cultura occidental debe su desarrollo, en gran parte, a esta barrera.

La circunstancia de que en ambas guerras mundiales Europa Central luchase contra la Oriental y la Occidental no cambia básicamente este estado de cosas. En 1918, el primer baluarte esencial contra la Europa Oriental—el Imperio danubiano—fué destruído. En 1945, el segundo y último bastión—Alemania—desapareció también. De este modo, Oriente y Occidente llegaron a un contacto directo en el Elba y el Danubio, por lo cual el equilibrio de Europa se vió finalmente destrozado. El resultado lógico fué el Pacto del Atlántico, esfuerzo para restaurar el equilibrio de poderes con la ayuda del Nuevo Mundo.

¿Puede Europa, sin embargo, permanecer por mucho tiempo sobre una sola pierna, tal como ha sido el caso desde 1945, cuando fué dividida en dos partes? Bajo la enorme presión de un Imperio paneslavo gigantesco, extendiéndose desde el Elba y el Danubio al Océano Pacífico, el resto de Europa tiene pocas probabilidades de permanecer intacto. La constante presión de Rusia no podría quedar sin provocar trastornos sociales y consecuencias económicas en las naciones de Europa todavía libres, principalmente en Francia, circunstancia que puede fácilmente conducir a ver socavada la posición de Europa en Africa del Norte y en cualquier otro sitio. Otro factor es el tremendo incremento de la población rusa: unos 3.000 al día. Mientras que la de Europa Occidental permanece más o menos estacionaria, Rusia tendrá dentro de cuarenta y cinco años, es decir, en el año 2000, de trescientos cincuenta a cuatrocientos millones de habitantes.

Por lo anterior, es evidente que Europa sólo puede mantener su existencia haciendo retroceder la esfera de influencia rusa, por lo menos hasta detrás de los Cárpatos y la frontera polaca, bien por medios militares o por otros medios.

La enorme presión del paneslavismo en Europa y Asia ha engendrado en los últimos años dos ideas fuertemente relacionadas: la unión de Europa en una Federación y la Organización de un Ejército Europeo. Ambas fueron concebidas como resultado del miedo opresivo a una invasión rusa y a la necesidad de formar un escudo contra ella. Al mundo le ha llevado años reconocer esta necesidad, así como el hecho de que el problema no puede ser resuelto sin la participación de Alemania. Sin embargo, para obstaculizar el camino a una política alemana independiente, Alemania tiene que ser incluída dentro de una especie de Common-

wealth europea. El inconveniente es que nadie es sincero y franco a este respecto. Para Francia, la idea de un Ejército Europeo o una Federación Europea es apenas otra cosa que una nueva forma del viejísimo "complejo de inseguridad". Mientras el Plan Schuman es en realidad un intento para asegurar el control de la industria pesada de Alemania, el Ejército Europeo persigue un fin similar respecto a las fuerzas armadas de Alemania. Los alemanes, por otra parte, ven en tal política un escape del aislamiento en que han vivido desde 1945. Si el Tratado del Ejército Europeo de Defensa no llega a ser una realidad, la culpa del fracaso sería de Francia, la creadora de la idea. Sin embargo, como Gran Bretaña se mantiene tradicionalmente lejos de los asuntos continentales, al frustrar esto la formación de una Federación sobre una base triangular—Inglaterra, Francia y Alemania—, todas las combinaciones, en última instancia, sólo podrían ser francoalemanas.

Todas las negociaciones y los innumerables debates han demostrado qué grande es el antagonismo que divide a las naciones de Europa. Ha sido probado que una Unión Europea únicamente puede ser llevada a cabo por etapas. Pero ¿querrá Rusia prepararse a esperar semejante evolución? ¿Puede Europa permitirse el desperdiciar otros tres años en negociaciones? En cuanto al Ejército Europeo, no entra en el propósito de este estudio el analizar los muchos factores puramente técnicos que hacen bastante problemática su formación. Hay una probabilidad grande de que tal Ejército Europeo evolucionaría o, más bien, se desintegraría en fuerzas nacionales. Y ¿es posible concebir un Ejército Europeo a menos que no se haya formado de antemano un Gobierno Europeo?

Comoquiera que sea, todas estas ideas, como ya se dijo, han tomado forma principalmente por el miedo a una inminente invasión rusa. La muerte de Stalin ha demostrado qué pocas raíces habían echado. En las mentes de muchos franceses e ingleses, unos pocos gestos amistosos del Kremlin bastan para arrinconar todos estos planes. Y aunque la situación del Occidente *vis-à-vis* del Oriente no ha mejorado en ningún respecto, la propaganda rusa consigue turbar la política del Pacto del Atlántico.

Pero ¿qué ocurriría si nos encontrásemos con que, después de todo y a pesar de tantas cosas, no pueden ser creados una Federación Europea o un Ejército Europeo? Sería imprudente perder de vista esta eventualidad y jugárselo todo otra vez a una sola carta.

En Europa hay cuatro naciones con más de cuarenta millones de habitantes: Francia, Italia, Alemania e Inglaterra. La primera

preocupación de Gran Bretaña ha sido siempre la Commonwealth británica, y el continente sólo le interesa en función de sus relaciones con los otros miembros del Imperio. La anarquía en las condiciones políticas y económicas de Francia e Italia es bien conocida, y no es necesario analizarla aquí. Otra cosa también es que hay el doble de alemanes que de franceses o italianos, y que la productividad de estos últimos es la mitad que la de los alemanes. Por tanto, es más que probable que la masa de setenta millones de este pueblo inteligente no puedan permanecer como espectadores ociosos en la gigantesca lucha entre Oriente y Occidente. La nueva situación desarrollada en el mundo tiene también respecto a Alemania, por supuesto, sus imperativos políticos. Ninguna paz verdadera puede establecerse un día sin el libre consentimiento de este país, y todavía menos realizable es el planear cualquier orden incompatible con las reclamaciones alemanas, moralmente justificadas. Cualquier medida contra tal evolución, por cálculo humano, sólo puede ser de naturaleza temporal, y prácticamente hará más daño que provecho pueda hacer teóricamente.

El hecho de que sin Alemania el problema de Europa carece de solución, tiene también otras consecuencias. Puesto que esta nación está ya de parte de Occidente, las desgraciadas ideas de "pequeña Entente" o de un "cordón sanitario", todavía evocadas en Estados Unidos por los políticos exilados polacos, checos y otros, y que han causado tanto daño en Europa, definitiva e irrevocablemente pertenecen al pasado y son difícilmente compatibles con el papel futuro de Alemania en Europa. Todo esto debe ser tenido en cuenta si Occidente, especialmente América, no desea verse envuelto otra vez en contradicciones irreconciliables. *Siendo así las cosas, ¿no sería más prudente introducir ya ahora, discretamente y sin herir a nadie, nuevas ideas, de acuerdo con los probables acontecimientos, en lugar de agarrarse obstinadamente a la línea actual para tener que hacer más tarde un cambio bajo la presión de los hechos, y seguramente en circunstancias menos favorables?* Es decir:

a) La Europa Oriental, lo mismo que la cuenca del Danubio, debe ser organizada en un sistema que ni esté en oposición con los intereses básicos alemanes ni caiga bajo el control alemán.

b) La estructura futura de la Europa Central y Oriental debería estar de acuerdo con las características geopolíticas de esas regiones, y al mismo tiempo debería *neutralizar el paneslavismo y el germanismo.*

La política estratégica de la guerra fría debería ser dirigida de acuerdo con estos dos puntos de vista.

Todavía hoy se ofrecen muchas oportunidades de ejercer una moderada influencia sobre Alemania y abogar al propio tiempo, por medio de la propaganda, por un nuevo orden razonable tras el "telón de acero". Otra oportunidad de desviar por canales más constructivos las mentes de los pueblos de la Europa Centro-Este puede que no vuelva a presentarse. Resistirse a las evoluciones naturales no puede impedir los acontecimientos; por el contrario, puede crear una reacción psicológica natural, susceptible de caer en manos de aquellos que podrían hacer de Alemania un peligro para Europa.

5

Occidente, especialmente América, ha concedido asilo generosamente a muchos políticos exilados por los comunistas. Ciertamente que esto se hizo no sólo por motivos filantrópicos, sino con intención de usar a estas personas como prendas políticas. De acuerdo con esto, se las sostiene financieramente, y el trabajo de los políticos exilados y las distintas actividades de la guerra fría forman, por tanto, un todo inseparable y son sólo dos aspectos del mismo problema.

Muchos ex ministros, diplomáticos y jefes de partidos—checos, húngaros, rumanos, polacos y otros—están en actividad actualmente en Occidente, y, hay que decirlo, tienen éxito. Protegiendo el nacionalismo extremo, una red política subterránea trabaja actualmente entre Wáshington y Nueva York, probablemente mayor que cualquier otro movimiento subterráneo de tras el "telón de acero", red cuya importancia, por razones obvias, se exagera desmedidamente por estos políticos exilados. Por prominentes refugiados de distintos países se han organizado los llamados Consejos Nacionales, los cuales, en muchos aspectos, se comportan ya como gobiernos provisionales. Delegados haciendo el papel de embajadores en distintos países—Inglaterra, Francia, Canadá, etc.—procuran salvaguardar los intereses de estos Consejos Nacionales y que sean protegidos dentro de la estructura de la política internacional. La situación no está desprovista de peligro, como se prueba en el siguiente análisis:

a) Los planes que los respectivos Consejos Nacionales presentan a los distintos Gobiernos occidentales, relativos al futuro de sus pueblos, no son, ni separada ni colectivamente,

compatibles con los probables acontecimientos en Europa, y muy a menudo ni siquiera con los principios básicos de justicia. Los políticos polacos piden el reconocimiento de la frontera Oder-Neisse; pero, al mismo tiempo, desean "liberar" el territorio cedido a Rusia en 1945. Los checos sueñan con la restauración de Checoslovaquia, cuya existencia trajo tantas calamidades a Europa, sin mirar el hecho de que la gran mayoría de los eslovacos no aprueban la idea y que los húngaros y los austríacos tampoco sienten simpatía hacia ella. Añadamos que los políticos exilados checos están dispuestos a evitar por todos los medios posibles el retorno final de los sudetes alemanes a sus hogares, y, por tanto, se hallan en oposición con Alemania. Se pueden citar muchos ejemplos, que prueban que la presente cooperación con los políticos exilados no puede conducir a una solución satisfactoria del problema de la Europa Centro-Este. *El hecho es que la cuestión checa no puede solucionarse sin los eslovacos; la húngara, sin los eslovacos o austríacos y checos, porque todos forman un total íntimamente unido. Pero, tal y como está hoy el asunto, sería imposible acoplar los planes existentes dentro de un marco coherente. Ni los esfuerzos de los diferentes grupos nacionales están coordinados ni nadie les ha fijado todavía una meta final.*

b) Políticamente, todos estos Consejos Nacionales están desesperanzadoramente divididos en fracciones hostiles, o mejor caciquiles, y son *incapaces* de conseguir la unidad interna ni una sincera cooperación unos con otros; también es esencial, por ejemplo, que los checos, húngaros, eslovacos o austríacos trabajen juntos, si realmente se va a organizar el centro de Europa sobre una base federal. Estos hombres de Estado exilados, durante todo su pasado han estado envueltos en la lucha de guerrillas políticas que caracterizó las relaciones entre sus respectivos países durante el período entre las dos guerras, y ni con la mejor voluntad del mundo pueden en sus años de declinación cambiar hacia unas concepciones más constructivas.

c) Lo que los exilados políticos representan realmente hoy día es dudoso. Sus antiguos partidos han sido disueltos hace tiempo, y ellos mismos hubieran sido olvidados si la propaganda occidental no hubiera mantenido sus nombres en el mundo. En realidad, nadie tiene derecho, después de tan-

tos años de exilio, a pretender la representación de cosa alguna.

d) Muchas de estas personas son responsables de las atrocidades que se mencionan más arriba en este estudio.

Las objeciones mencionadas aquí se basan en consideraciones prácticas y no personales. Reconocer a estas organizaciones como gobiernos provisionales de sus respectivos países significaría trasladar el caos que existe entre ellos a una de las zonas más vitales de Europa. *Si no se controlan estas organizaciones de acuerdo con un plan positivo aprobado por las grandes potencias, los antagonismos que hay entre ellos estallarán un día, y el resultado final de la ayuda prestada sin garantías, para que los exilados persigan sus intenciones, será muy desilusionador, por no decir algo peor.*

Los exilados políticos basan sus planes en el pasado, aunque desde 1919-20 la situación de Europa y del mundo en general haya cambiado completamente. Como tal evolución no está de acuerdo con los designios de los exilados, éstos están trabajando febrilmente para impedirla. En otras palabras, procurarán aumentar los elementos antigermanos, que todavía son poderosos en Occidente. En estos círculos es en donde encuentran simpatía y ayuda, y, por su propio interés, hacen todo lo posible por mantener el odio contra Alemania, en lugar de ejercer una influencia más moderada, como pide la peligrosa situación de Europa y los propios intereses de América.

De hecho cierto, los Consejos Nacionales son camarillas que trabajan conspirando.

6

Estrechamente unidas a las actividades conspiradoras de los políticos exilados en el mundo libre, están las que se persiguen en los países tras el "telón de acero"; estos dos aspectos de la guerra fría están íntimamente relacionados, y de hecho son inseparables. Queremos repetir que la guerra fría, más que ninguna otra clase de guerra, está ligada estrechamente a factores políticos. Mientras que en una contienda normal las decisiones estratégicas se toman a menudo independientemente de los motivos políticos, en una contienda encubierta incluso la táctica, en gran parte, depende de factores políticos, de acuerdo con la situación, el objetivo inmediato y la ideología de la facción política con la cual se coopera. En la guerra fría, el combatiente es esencialmente un soldado político.

Respecto a la labor de los políticos exilados tras el "telón de acero", se lleva a cabo de dos maneras: *propaganda radiada* y contactos por medio de diferentes *Servicios Secretos.*

a) La propaganda es la base de la guerra fría. Su meta es perturbar los regímenes existentes, en los cuales la población vive ahora bajo los comunistas, creando, de este modo, el ambiente necesario para el espionaje, los sabotajes o las actividades de guerrilla.

¿Qué piensan los pueblos oprimidos? Actualmente, a causa de sus duras condiciones de vida y a una especie de apatía general, no tienen ideas claras acerca de su futuro. Su principal deseo es, por supuesto, librarse de sus dueños comunistas. En cuanto al futuro, ponen su confianza en las potencias occidentales, y esperan que un día éstas crearán un orden que les devuelva la paz y la prosperidad. Los pueblos esclavizados escuchan ansiosamente lo que les dice el Occidente, y cuando oyen referencias favorables del régimen anterior, sacan la conclusión de que se les está recomendando su restablecimiento. En la primera ola de entusiasmo que sigue a la liberación del comunismo se aceptan todas las cosas; pero una vez que esta ola ha cedido, las dificultades del pasado reaparecen. Esto es tanto más probable cuanto que los diferentes capítulos de propaganda—checo, polaco, eslovaco, húngaro, etcétera—no están ni en coordinación uno con otro ni con la probable evolución.

La situación, tal como se describe arriba, parece ser debida al hecho de que en todas estas cuestiones las potencias occidentales no tienen una línea política. Sostienen simplemente a cualquier exilado político que se les antoja, sin preocuparse mucho acerca de los posibles peligros futuros de tal política de Estado. Desde el punto de vista de la política general, la base de la actividad íntegra de la guerra fría es errónea. Tal como están las cosas hoy día, el caos existente se ve multiplicado por el hecho de que en este campo cada una de las potencias occidentales—Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos—marcha por su propio camino. Hay, incluso, una falta de coordinación en los diferentes Servicios de los Estados Unidos, donde demasiadas ramificaciones se ocupan del mismo problema. Distintas agencias y varias organizaciones "privadas", con diferentes grados de ayuda del Gobierno, están llevando a cabo operaciones en larga escala de guerra psicológica, destinadas a crear la fuerza defensiva (y en último caso ofensiva) del mundo libre y a debilitar el sistema de poder de los comunistas.

Muchos americanos expertos en esta área, incluyendo particularmente a inmigrantes recientes, tienen claras preferencias, si no es que están en activa asociación, en favor de grupos exilados de uno u otro color, de manera que se ven envueltos en las contiendas de los políticos exilados, quieran o no.

El resultado es que la propaganda destinada a los países tras el "telón de acero" está en gran parte bajo la influencia de personas que se las han arreglado, gracias a sus conexiones, para infiltrar en los Servicios a sus propios "fieles" como editores y locutores. Este es especialmente el caso de la Voz de América y la Radio Europa Libre.

b) El segundo medio de contacto de los políticos exilados con los países tras el "telón de acero" se efectúa por medio de diferentes *Servicios Secretos*, en los cuales "expertos" infiltrados y agentes vigilan para que cualquier elemento que se encuentre en oposición con la línea política de los Consejos Nacionales esté amordazado moralmente o de otra manera. Esto significa que en los países tras el "telón de acero" aquellas organizaciones inclinadas a trabajar para los políticos exilados se ven favorecidas, mientras que otras que no solamente están contra el comunismo, sino que, al mismo tiempo, buscan un nuevo y razonable orden, se ven obstaculizadas o incluso eliminadas.

No es sorprendente que, gracias a tan generosa ayuda y en vista de los métodos empleados, los políticos exilados puedan mostrar ciertos éxitos. Sin embargo, esto no prueba que otros elementos más constructivos no sean capaces de obtener incluso mejores resultados. Sería también un error pensar que, al dirigir la guerra fría por este camino, prevalecen los verdaderos deseos de las naciones interesadas. La opinión pública se ve artificialmente moldeada por esta propaganda. El total del plan se dibuja para crear la impresión de que es la voluntad de los pueblos tras el "telón de acero" lo que se interpreta, mientras que, en realidad, estos pueblos se ven meramente enfrentados con un nuevo hecho consumado. Al final, el resultado no viene a ser más que una victoria ganada por el dinero puesto a disposición de ciertos políticos exilados favorecidos, los cuales, gracias a esta ayuda, son capaces de mantener y extender sus organizaciones ampliamente ramificadas. En tales circunstancias, es engañoso el argumento de que es el pueblo mismo quien decide su futuro, porque todas las cosas se

hacen con el propósito de presionar a la opinión pública dentro del molde de ideas ya resueltas.

Cuanto más se arraigue la política irreflexiva de ahora, tanto peores podrán ser un día las consecuencias. Hay un peligro muy real de que los políticos exilados, pulsando cuerdas políticas, puedan un día inducir a los Gobiernos occidentales a obligar a las naciones que están ahora tras el "telón de acero" a aceptar regímenes basados en el antiguo *statu quo,* cuando el orden presente se desvanezca. Semejante desarrollo representaría, sin embargo, para muchos pueblos de la Europa Centro-Este no la liberación, sino el comienzo de nuevas dificultades.

7

CONCLUSIONES

Hay mucha gente en Occidente que acaricia la idea de que sería posible, por medio de propaganda y otros métodos de guerra fría, minar la autoridad de los regímenes comunistas existentes, hasta el punto de que un día su estructura completa se viniera abajo. No es necesario decir que tales puntos de vista y esperanzas son exagerados. A causa del bien organizado control de los gobernantes comunistas, lo más que podría ocurrir serían manifestaciones y alguna actividad de guerrillas, así como actos de sabotaje, los cuales, por sí mismos, no son decisivos. Los soviets tienen medios para suprimir rápidamente cualquier insurrección mayor. Esto se demostró claramente en la Alemania Oriental. Es difícil de concebir la caída del comunismo sin un conflicto abierto con Occidente. Al decir esto no queremos, de ninguna manera, menospreciar la importancia de la acción encubierta; pero sería una equivocación no ver las cosas como realmente son.

Muchos creen también que la cooperación entre el Occidente y Alemania tiende a desalentar los movimientos secretos en muchos países tras el "telón de acero". Este es uno de los acostumbrados *slogans* de propaganda usados por los políticos exilados. Ellos dicen: "Si queréis colaborar con Alemania, no podréis contar con el apoyo de nuestras naciones de tras el *telón de acero.*" Sin embargo, esto sólo es en parte verdad. *En la Europa Centro-Este, Alemania tiene no sólo enemigos, sino amigos también.* Unicamente parte de los checos son antigermanos. La posición de los polacos es algo diferente. Pero otras naciones, como los eslovacos, húnga-

ros, ucranianos, rumanos, etc., que exceden con mucho en número a los checos y polacos, tienen en gran parte lazos amistosos con Alemania. *Naturalmente que cualquier reorientación de la política occidental no contentaría a todos, pero la actual línea no satisface a nadie.* En cualquier caso, es imposible reconciliar todas las ambiciones de las distintas naciones, por la razón de que no son compatibles. La única línea posible a seguir sería aquella que incluyera un mínimo de injusticias, con la meta final de obtener el apoyo de la mayoría para un orden justo y *razonable.* En otras palabras, debería ser encontrado un término medio en la dirección de la guerra fría, que tuviera en cuenta los intereses legales de las naciones que viven tras el "telón de acero" sin cometer flagrantes injusticias.

Una satisfactoria dirección política de la guerra fría consistiría, sobre todo, en la cooperación entre austríacos, eslovacos, húngaros y checos con vistas a la formación de una Federación danubiana, idea que tiene muchos partidarios en aquellos países, y que, por otra parte, no choca con los intereses alemanes.

La guerra encubierta es, por muchas razones, un arma de doble filo. Es un esfuerzo salvaje, en el cual el fin justifica los medios, y la venganza, las trampas y las traiciones desempeñan un gran papel. Cada acción provoca una reacción, y las represalias consecuentes engendran un odio hasta entonces desconocido. La costumbre de la violencia echa raíces mucho más profundas en una guerra irregular que en una regular. En la última se corrige por la costumbre de obedecer a la autoridad constituída, mientras que en la primera desafiar a la autoridad y violar las leyes se convierte en una virtud. No se puede incitar durante años al pueblo a desobedecer al régimen existente, animarle a llevar a cabo actos de violencia que son proclamados heroicos, y después esperar que este mismo pueblo se convierta otra vez en ciudadanos disciplinados. La experiencia ha demostrado que los movimientos de resistencia están compuestos de un tercio de fanáticos destructivos, un tercio de criminales y un tercio de los llamados "compañeros de viaje". Y como la influencia de las dos primeras categorías es la más fuerte, inevitablemente se crea una mezcla de patriotismo salvaje y de actividad criminal, que va desde el mercado negro al asesinato brutal. Mientras que estratégicamente es raramente decisivo, tiene más influencia en el desenvolvimiento político. Muy a menudo, las ventajas tácticas obtenidas no compensan los resultados negativos subsiguientes.

Es tan difícil condenar esta forma de lucha como recomen-

darla como el arma por excelencia. Hay muchas razones por las cuales el Occidente no dejará a las naciones confinadas tras el "telón de acero" sin esperanza. Siendo así, este esfuerzo debe ser dirigido con el cuidado necesario si queremos protegernos contra sorpresas desagradables.

El mayor inconveniente para la dirección actual de la guerra fría reside quizá en el hecho de que los diferentes Consejos Nacionales—polaco, húngaro, checoslovaco, rumano, etc.—pretenden representar no las entidades étnicas, sino los Estados separados, como existían desde 1919-20. Sería diferente si, en lugar de actuar en nombre de anteriores Estados, lo hicieran en favor de grupos étnicos, tales como polacos, checos, húngaros, eslovacos, etc., reconociendo este principio en vez de Estados con fronteras definitivas. Gran parte de los rozamientos podrían así ser evitados, especialmente en cuestiones territoriales, las cuales constituyen uno de los más delicados problemas de la Europa Centro-Este.

Respecto a la cuenca del Danubio: "La caída del Imperio austrohúngaro fué una gran calamidad para la paz. Si los países que lo formaban quisieran un día encontrar un arreglo que les permitiera trabajar juntos en feliz asociación, ¡qué bien recibido sería!" (Declaración de Mr. A. Eden al *New York Times,* del 6 de octubre de 1950.)

Si ésta fuera, sin embargo, la meta de la política de Estado aliada, entonces el asunto debería ser resuelto por un camino completamente diferente, porque la presente política sólo puede producir resultados diametralmente opuestos; a saber: una renovada balcanización de la Europa Centro-Este. El error de los Tratados de 1919-20, que llevó a los habitantes de estas regiones desde la imperfecta libertad de la anterior Austria a la completa esclavitud por Rusia, se encuentra en el hecho de que estas naciones pequeñas no fueron *advertidas con autoridad* por las grandes potencias de formar una cooperación que les proporcionara las ventajas de una gran Commonwealth. *Añadamos que los pueblos de la Europa Centro-Este están mucho más inclinados a la cooperación que los políticos exilados, que reclaman el derecho de representarlos en Occidente. Tal como están las cosas, diríamos que parece como si estuviéramos a punto de perder la dorada oportunidad de rectificar anteriores desatinos.*

Por lo precedente, parece seguirse que para dirigir la guerra fría debería crearse un plan político cuidadosamente trazado, el cual pudiera poner fin a la anarquía que existe en la propaganda y los Servicios Secretos, y *el cual debería ya tener miras a la orga-*

nización futura de la Europa Centro-Este. Dentro de tal esquema habría espacio para los diferentes movimientos nacionales. La pregunta que debería hacerse no es quién tiene razón, sino qué es legítimo. Es un error fatal mantener la estrechez mental de las ambiciones nacionales de políticos individuales sin considerar la organización de Europa Central como un todo.

Tanto si uno odia como si ama a los alemanes, esto no puede cambiar los hechos expuestos en este sentido. Por otra parte, el ignorarlos puede, más pronto o más tarde, costar al Occidente nuevas desilusiones; a los Estados Unidos, grandes sumas de dinero, y a Europa, nuevos disgustos.